

Sobre “COMO SI FUERA CIERTO” por ÁNGELA SALAS
TURRENS (Feria del Libro de Sevilla, 2017)

Nos convoca hoy aquí una nueva entrega de María del Valle Rubio, poeta y pintora de larga y reconocida trayectoria, a la que quiero ante todo agradecer el privilegio de presentar este libro bellísimo, cuya lectura puedo recomendar de la manera más sincera y entusiasta. Pero seguro que eso ya lo suponen ustedes si han seguido un recorrido poético que comienza en 1983 y que, sin prisa y sin pausa, ha ido desgranando poemarios que le han procurado un merecido puesto en el panorama poético actual y numerosos premios, entre ellos (no los mencionaré todos, porque son muchos), el “Florentino Pérez Embid”, que publica la colección Adonais, por *Derrota de una reflexión*, en 1986; el Premio Nacional “Rafael Alberti”, en 1990, por *Museo interior*; el Premio Nacional “San Juan de la Cruz”, por *La hoguera infinita*, en 1992; en 1996, el Premio “Rosalía de Castro” por *Sin palabras*; el Premio “Antonio Machado”, por *Acuérdate de vivir*, en 1998, y, en fin, una larga lista que no enumero para no aburrirles.

Algunos dicen, parafraseando aquella canción de *Golpes bajos*, que corren “malos tiempos para la lírica”. Afortunadamente, en medio de la deshumanización evidente de determinadas parcelas de nuestra sociedad, siempre afloran los poetas. Y poetas no faltan. Se ha criticado mucho la poesía que circula por Internet, su prosaísmo y su falta de aliento poético, aunque lo cierto es que en la red está todo: los poetas buenos, malos y regulares, los mejores clásicos y la “poetambre” (que diría Cervantes) contemporánea. Pero también es segura una cosa: que en este medio lo que falta es la selección, la

criba: cualquier cosa vale, cualquiera tiene acceso a “colgar” su obra y calificarla de poética. Por eso, que la obra de María del Valle Rubio sea publicada por una editorial tan prestigiosa como Vitrubio, y en la colección “Baños del Carmen”, que ha acogido no solo a poetas clásicos de todos los tiempos, sino también a los mejores y más señeros poetas contemporáneos, es una segura garantía de calidad: encontrarán pues su nombre junto a los de José Manuel Caballero Bonald, José Ángel Valente, Ángel González, Francisco Brines o Pere Gimferrer. Por cierto, no es la primera vez que esta editorial apuesta por su obra.

La poesía de María del Valle es, como diría Juan Ramón, una obra en marcha, en un continuo hacerse, como un mar en movimiento y en renovación constante, porque siempre dialoga con poemarios anteriores y con la mejor tradición que le precede. Rubio ha leído muy bien, y sin alardes, a los poetas en cuya línea se inserta, y sobre todo a los de la riquísima tradición andaluza: Bécquer, Juan Ramón, Machado, Cernuda... Pero, además, su labor poética se liga a la de otras poetas andaluzas que trazan una línea bien definida a partir de los años 50, como Julia Uceda, María Victoria Atienza o Juana Castro, por citar solo algunos de los mejores ejemplos, voces poderosas y hondas, que, sin que sea necesario marcar como “poesía femenina” o “feminista”, tienen un tono intimista que les otorga un sabor propio.

Como si fuera cierto es un libro, para empezar, muy trabajado. En su breve “Poética”, entiende María del Valle Rubio que “ser poeta es un don”, pero también que ese don, la inspiración, necesita ser plasmado en palabras y muchas veces no sin dificultad. Como hacía Juan Ramón, Rubio pule y lima sus versos sin descanso, y así

también lo reconoce, porque, dice, es preciso “conseguir llevar la palabra desnuda, adecuada, al lugar preciso”, buscando siempre no solo la expresión del sentimiento, sino también “la música, el ritmo, la concisión lingüística”.

Pero busca también el sentido unitario del libro, concebido como una férrea estructura. Se divide en dos partes, “Entre dos luces” y “Ensueño”, cada una de ellas compuesta por 21 poemas que le otorgan un equilibrio, un armónico balanceo que favorece la coherencia interna que voy a tratar de destacar. Cada una de ellas se acoge, además, a una cita que potencia su sentido. “Entre dos luces”, la primera, remite a una frase del *Hiperión* de Hölderlin, a quien ya acudió también Juan Ramón: “¡Ven! ¡Quédate aquí entre dos luces! Porque esta región de las sombras es el elemento del amor”, le dice Hiperión a su amada Diotima, y sigue la cita: “y solo aquí brota del cielo de tus ojos el silencioso rocío de la melancolía”. Aunque esta última frase no queda recogida, es la melancolía, el sentido recuerdo de lo que pudo haber sido y no fue, aquello que se vive “como si fuera cierto”, el sentimiento que predomina en esta primera mitad del poemario. Las sombras de la tarde, con ecos de Machado y Juan Ramón, abren la primera de las composiciones a la dolorida experiencia amorosa, a la ausencia y la nostalgia. Domina el diálogo amoroso, a veces vivo, a veces frustrado o imposible, con un *tú* convertido en ocasiones en *nosotros*. Pero se trata, insisto, de una experiencia evocada, por más que en ocasiones se instale en un riguroso presente, como es el caso del breve poema “Roca”, fognazo delicado de erotismo ligado a la naturaleza, o acuda a un improbable futuro, como “Puerta”:

La puerta se abriría con sus goznes

cantando de alegría. Si llamaras no habría más tristeza en las paredes y el aldabón de mano quedaría en el aire celebrando el milagro. Ay, si llamaras con la dulzura del papel de seda y la cadencia azul de todas las campanas.

La experiencia se hace presente gracias a la sensorialidad que proporciona la sinestesia de estos versos, en los que lo táctil, lo visual y lo sonoro se alían para actualizar el sentimiento. No obstante, como dije, se trata de un sentimiento evocado; María del Valle Rubio madura la experiencia, la reposa, la transforma lentamente en palabras y solo entonces le da forma al poema. No de otro modo procedía Bécquer: recuerden aquel “cuando siento no escribo” de las *Cartas literarias a una mujer*.

No se piense, sin embargo, que estamos ante un libro cargado de tristeza. La experiencia del vivir puede resultar dolorosa, pero también exultante si se es consciente del privilegio de estar vivo. Por eso la segunda parte del poemario, “Ensueño”, se ofrece como consecuencia directa de la primera. Acogida esta vez a un revelador verso de Borges, “Está solo y no hay nadie en el espejo”, del poema “Un sábado”, que alude a la soledad pero también a la ceguera del poeta, los poemas que la conforman desgranar una vivencia profunda y muchas veces gozosa de la soledad que conduce a la poesía; aquí, sin embargo, al contrario que en el poema borgiano, la soledad despierta los ojos de la poeta y despliega su mirada unas veces al interior ensimismado, a los recuerdos, a la infancia; otras, al mundo alrededor, captado con sutileza y con fina ironía. Es la mirada de quien busca al otro, o a sí mismo, en el espejo, pero también de quien apura el gozo de vivir en la evocación del recuerdo o la contemplación de las pequeñas o grandes cosas,

que van desde la experiencia de la noche insomne a la atención a unas niñas que juegan, una amapola o la silueta de un desconocido en una ventana. La soledad a la que el desamor y la melancolía de la primera parte han conducido es el mecanismo capaz de ajustar la mirada, descubrir objetos y paisajes y dotarlos de sentido y profundidad. Hay, pues, no solo una estructura formal en el libro, sino también una estructura interna, íntima, que hilvana los dos conjuntos del poemario. Y la experiencia amorosa, en este segundo bloque, se canta también con desenfado e ironía, como en los espléndidos poemas “Armadura” y “Pardiez”, este último con un guiño prosaico y humorístico que recuerda algunas de las mejores composiciones de otra voz femenina con acento propio, la de Almudena Guzmán.

Y todo ello salpicado de la rotundidad y la potencia exquisita de brillantísimas imágenes. Si antes les hablaba de la importancia de las sensaciones plasmada en construcciones sinestésicas, quiero avisarles también de la fuerza visual de las imágenes poéticas de María del Valle Rubio. No en vano es también pintora, y esa otra pasión informa también sus versos. De nuevo como los clásicos, aún sin esfuerzo pintura y poesía, con la misma maestría con la que maneja el verso libre, que se vuelve dúctil en sus manos, flexible y musical, o incursiona en la prosa poética de dos composiciones cadenciosas y armónicas. Armada de su paleta y sus pinceles describe la ciudad que ama, Sevilla, en el poema “Ciudad”:

He preparado el ocre y el carmín
en un alarde
de dibujar ventanas en el viento
y zócalos altísimos
de color terracota.

La torre dominante se escabulle

con su tinte de arena
y tengo que prenderla
sobre el azul más vivo del ocaso.

Las torres de Sevilla mirándose en el agua
discuten su belleza.

Le he robado la luz y las palmeras
a la plaza de América.

Siena para los puentes y las sombras.
Para Triana, el barro de alfarero
y nubes de abalorios.

Y, al fin, rubrico sobre el río
un hermoso arcoíris.

Pero, a veces, la pincelada violenta ni siquiera necesita del léxico cromático para ofrecer una imagen deslumbrante. Este es el breve poema “Amapola”:

Crecía la amapola en el trigal
y el viento la esparcía
como gota de sangre.
Y moría al poco de nacer.
Y vivía en grito permanente.

Hondo sentimiento, sabor de la experiencia del tiempo, del desamor, de la ausencia; pasión vital y fina ironía, deslumbramiento sensorial, son algunas de las cosas que encontrarán en este libro. No puedo por ello dejar de recomendarles su lectura. Los teóricos de la literatura marcan como característica distintiva de la lírica su capacidad para ser asumida como experiencia propia por el lector, lo que algunos llaman el “contexto compartido”, que es la circunstancia

vital común al lector y al sujeto lírico, imagen que el poeta proyecta de sí mismo en su obra. No todas las voces líricas consiguen hacernos partícipes de su experiencia, sumándole el hallazgo expresivo que la revitaliza y la hace personal pero transferible al lector. El sujeto lírico pone palabras a su experiencia, que es la nuestra, y esas palabras no solo la embellecen, sino que la ahondan y en numerosas ocasiones nos la descubren desvelando sus profundas raíces. Esa facultad es patrimonio de los buenos poetas. María del Valle Rubio la posee.